

ACTUALIDAD DEL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS y NIÑAS

RESPONSABILIDAD Y AUTORIDAD

No os burléis del niño aunque en su ignorancia
se crea soberbio sobre su caballo de madera,
¡oh benevolentes!

También nosotros somos pobres en hechos y ricos en ideas.

Más tal vez, como llega el rayo de entre las nubes,
¿no surgirá de las ideas, espiritual y maduro, el hecho?
¿no surgirá el fruto, como la oscura hoja
del bosque, a la plácida escritura?
Friedrich Hölderlin “Odas”

El título puede sugerir diferentes maneras de entender la “actualidad del psicoanálisis de niños”. Podemos entender “actualidad”, como moda, como popularidad, como necesidad... ¿el psicoanálisis con los niños y niñas tiene un lugar en las instituciones de salud, sociales, educativas, está inserto en la realidad que nos toca vivir, en el presente, tiene algo que decir del presente de los niños y niñas...?.

Cada una de estas cuestiones, y muchas otras que cabría formular, sería tema de actualidad, pues son temas sobre los que ya los psicoanalistas actuamos e investigamos. En este artículo me gustaría aproximarme un poco a una faceta común a todas ellas: el psicoanálisis sólo puede ser actual, pues sólo tiene sentido a partir de una realidad que *inquieta*: la presencia de un dolor o un malestar singular, algo que no puede ser atrapado por lo instituido, lo conocido etc. en el presente de un ser humano. Habrá que insistir, por un lado, que es gracias a la existencia de una cultura o de una sociedad, o incluso de institución concreta, o de una familia concreta como célula social, que el niño o la niña pueden plantear una situación inquietante, es decir, dudosa, a veces confusa, pero de seguro doliente o novedosa y por ende necesitada de otro que lo cuide... por otro lado, detectar los obstáculos culturales y sociales para plantear una escena en su dimensión de más allá de la cultura es también trabajo de acción y de investigación del psicoanalista.

ACTUALIDAD Y CULTURA – asombro y escándalo –

La moda y el mal

La moda

Claro que hay por lo menos un tipo de actualidad que se enmarca, que cobra forma desde la cultura que orienta nuestras acciones: significaciones que organizan nuestra sociedad y valores e ideales o ideas con un respaldo científico, ideológico, político, económico... La globalización, el bienestar social, el mercado liberal, el consumo, el pensamiento único... todo eso nos da un lugar de usuario, de mayoría, de iguales. Produce útiles, y con esos útiles a los adultos y a los niños nos lo dan todo hecho y

rápido: la información, la comunicación, los desplazamiento, los objetos... También organiza nuestras relaciones en derechos y deberes, lo que llamamos justicia. Lugares y útiles que nos identifican y que también orientan la distribución de las relaciones de la vida familiar y de los niños: entran en nuestras casas por los medios de comunicación, la tele, los dispositivos multimedia, y por los contactos en la escuela, en el trabajo, en el tráfico, en el metro, en la compra... La cultura actual influye en la forma de ser, tú y yo estamos “ligados a las cosas” a la manera actual.

La moda como destrucción

Dentro de esta cultura, también es inevitable hablar de algún mal actual, del momento, una parte de lo que se pone de moda en cualquier ámbito de la cultura. La moda como lo que se usa sin comprender o directamente con la intención de dañar. Ahí lo nuevo necesariamente no emerge como creación, sino como acción que procede sin mirar hacia atrás, ignorando la presencia inédita de un sujeto, y por tanto su fin no es un proyectarse hacia un futuro, su efecto son distintos grados de aislamiento en un mar de muchos, incluso hasta la muerte: la violencia de las bandas, y otras, el abuso del alcohol, el comercio con menores, la marginación de las familias desestructuradas, ... Insisto: productos de nuestra cultura.

Lo nuevo, lo inédito y los valores originales

Pero no debemos olvidar que toda cultura porta, sea o no evidente, su condición de alojar un nuevo ser humano, como diría Hanna Arendt, o si no muere (muchas lo han hecho) como diría Freud; una cultura es contexto de lo inédito gracias a la tradición, la historia, y sobre todo gracias a lo que permanece inalterable a lo largo del tiempo: los valores originarios que rigen las relaciones desde que la humanidad existe. O mejor, desde el momento en que surge la prohibición del incesto, la interdicción de la inmediatez de la satisfacción, pues hace falta la mediación de la palabra, de la expresión, del sentido, del contexto del lenguaje para todo tipo de relación y de investigación. Un nuevo ser humano necesita de la relación con otro ser humano. Otro que se sostiene en valores auténticos y cuida el despliegue de su existencia. Quizás el valor más original y auténtico sea entonces el de ¡no matarás!, no podrás matar la capacidad de expresión del ser humano, su pedido de auxilio, de relación con otro para asumir lo dado (lo bueno y lo malo) y para crear (o acción de diferenciar la maldad destructiva de lo nuevo transformador) acciones necesarias para inscribirse en el conjunto de lo humano.

Este otro uso de lo actual, la moda como destrucción, una cierta moda que actúa sin miramientos por la expresividad, la intimidad, la diversidad de rostros, (por ejemplo, los videos o imágenes obscenas que actúan en el anonimato y a los que todos los niños y niñas tienen acceso por móvil u ordenador; la confusión que promueve alguna programación entre espiar e investigar, entre contar y cotillear etc.) puede llegar a confundir lo antiguo con lo inútil, lo divertido con la mascarada, fundir en el fuego de la ignorancia los antiguos valores culturales que se sostienen en el respeto a la diferencia y que impulsan a la necesidad de conocer y al cambio. Ese intento de destrucción suele llevarse consigo también los orígenes y las causas de lo actual.

El mal no es la maldad, pues seguimos a S. Agustín, a Freud, a Lacan, a Lèvinas, a Nussbaum... cuando definen el mal como ausencia de un bien por venir, en su fragilidad, en su necesidad de construirse para cada momento. El uso, la costumbre, por ejemplo, no es suficiente para validar o rechazar una moda, es necesario explicarla.

Algo que está de moda puede convertirse en una maldad cuando confunden cambio o transformación (la libertad, la palabra desamarrada de la significación) con destrucción (significar, valorar cualquier cosa sin sentido de lo humano de puro beneficio propio), cuando actúa de niebla para indiferenciar lo que asombra, lo doliente, del escándalo. La risa por ejemplo, que sin duda es salud, un efecto de la libertad, deja de serlo cuando se convierte en pura descarga, en una mascarada de la risa, puede ser un efecto del escándalo o de lo asombroso.

Escándalo o asombro

La expresividad, lo trascendente a la cultura en un niño o niña y los dificultades generales de la infancia tienen cura, es decir son exigencias, necesidad de distintas formas de cuidado, unas singulares y otras generales, que nunca son contradictorias ni se confunden. El escándalo sólo tiene necesidad de devastación y saqueo, por ejemplo necesita destruir la diferencia entre lo general y lo singular, o entre los problemas comunes de los niños y lo actual y singular de un niño o una niña en una situación concreta. “Un chico de 14 años ha robado un coche”... puede ser escándalo, una imagen obscena desnuda de todo sentido verdadero, a la que le llueven prejuicios y opiniones para quien desconoce todos los cuidados que eso exige y se usa para una obscura satisfacción. También puede ser una maldad para con el niño si no se le dan todos los cuidados necesarios. No basta con decir que interviene la policía, los padres, el colegio los servicios sociales, el juez y el psicoanalista, hay que explicarlo. Hay que intervenir y hay que explicarlo. Al igual que el chico debe ir a juicio, etc. y debe una explicación. En el trayecto entre el acontecimiento y su explicación hay multitud de intervenciones, pero la explicación del niño, el milagro de su explicación necesitará una compleja compañía para gestarse, y esa compañía no se puede imponer pero tampoco se puede prohibir.

... en el día a día....

El niño que robó el coche, después de todo un trabajo de un año con él y con la familia, por fin acepta recibir compañía para hablar de lo que le sucede, del coche que “cogió” “para dar una vuelta porque estaba ahí”, para ser “el chulito” de la panda al que admirar, porque “las cosas están para usarlas”... le faltan palabras para expresar lo que siente él, lo que siente el otro, para describir las situaciones y explorar las normas... excepto indiferencia y odio, el no sabe que siente... al llegar el día del juicio conoce al dueño del coche, un hombre mayor que vivía del coche para transportar su mercancía, y expresa: “nunca hubiera imaginado que su dueño podía ser este señor, que podía hacerle daño a él y a mi madre”. Dice su manera de haber hecho una experiencia del inconsciente con la que empieza a contar una historia singular y verdadera. El debe pagar las consecuencias de sus actos: pagar con trabajos para la comunidad y pagar con una explicación su ingreso en el mundo, la experiencia de que puede tener relación con otro cuyo rostro histórico es un mundo a descifrar.

En el centro de toda distribución de bienes (política y social), de esta realidad globalizada y liderada por los medios de comunicación, está la realidad que trasciende a la cultura y que es propia de nuestra condición de humanidad con los niños/as y con los no tan niños, los/las adolescentes y los/las púberes; es decir, las cosas que nos preocupan en el día a día de nuestras relaciones cotidianas. En ese punto no es tan diferente el niño que “cogió el coche” de otros: qué le pasa por la cabeza a *mi* hijo, *mi*

alumno..., porque no me cuenta su vivir (aunque yo añadiría cómo me cuenta su vivir), no se si estudia, qué ve en la música, en los juegos, a qué hora llega... Es gracias a esa relación del día a día, gesto a gesto que nos preocupa a muchos, padres y madres, educadores... y psicoanalistas, que un acontecimiento no es un “caballito de madera” en el que el niño está montado y el adulto se puede reír con la violencia de la indiferencia (el suelo de todo tipo de violencia), dando respuestas obvias e ineficaces para el uno por uno: “les falta disciplina” o cosas parecidas. El día a día requiere del adulto mucha libertad, mucho juego, merece ser cuidado como dice el poeta, como una hoja en el bosque de nuestra cultura que requiere escritura en el cuerpo del niño y del adulto y también lectura. Algunos niños y niñas llegan a decir “es que yo tengo derecho igual que tu” o con más palabras “es que el profe pide que le respete pero él no me respeta”. Esto puede quedar en el escándalo o puede pasar al asombro, a la pregunta por lo que falta para que se escriba la relación.

El escándalo tiene puertas abiertas en todos lados sino hay un adulto que se preocupe de lo trascendente de ese niño o aquella niña, y que interroge a su vez los valores de los que está hecho el material social y cultural con el que se maneja éste o aquella. Los medios de comunicación no son ni buenos ni malos en sí, son instrumentos de uso. Pero lo que se usa no viene determinado por la moda destructiva. Las cosas llegan, a pesar de los kilómetros, estatus social, diferencias culturales... y pueden estar hechas para el bien por venir, lo bueno por conocer o para la maldad del escándalo cuyo fin es amortizar valores y excluir las excepciones propias de lo humano. El asombro se produce en compañía de otro y exige conocimiento del otro, aún el más familiar. El escándalo y la indiferencia se aprovechan del hecho de cercar nuestra experiencia: el impacto del asombro, del dolor y la necesidad de investigar lo excepcional de cada escena.

El escándalo y el asombro plantean direcciones opuestas frente a escenas de drogas y alcohol, acoso escolar, consumo desmedido, fracaso escolar, falta de autoridad, y algunos inventarios de salud mental, como por ejemplo cierto trato que se da a la hiperactividad o la anorexia que carecen de la consideración por lo singular y están produciendo estragos en el proyecto niño-a que requiere relación, historia y proyecto singular.

... pide compañía.

Los anhelos de ser de los infans deben ser respetados por los adultos, es decir, nos obligan lo queramos o no a dar respuesta.

El anhelo de ser como todos los demás.

Por un lado, el anhelo de ser como todos los niños y niñas, “ser normal”, requiere por parte del adulto una revisión del contenido actual de esa cultura de lo normal. Todos sabemos que los niños quieren ser “normales”, quieren ser como todo los niños: tener lo que tienen los otros, ser como los otros, es un deseo de ser reconocido por el adulto, por los otros niños, por la sociedad... para **ser alguien** uno tiene que entrar en el común de las significaciones compartidas, en lo que da sentido a la realidad compartida: los valores y los ideales o ideas que orientan el sentido de nuestra realidad compartida.

Podríamos decir, entonces, que un niño normal es un niño que obedece, pues los chavales sólo obedecen a quienes lo cuidan. La obediencia no es un resultado de la

domesticación, sino un resultado del cuidado. Por eso también para un niño puede ser normal “ser el malo”, “el vago”, “el gracioso”, si ese es el único lugar en el que es reconocido como ser.

Normal, en nuestra sociedad, no es sólo ser sujeto de derecho, “tengo derecho a ser respetado”, decía un niño cuando quería expresar que no es reconocido por algunos adultos; otro niño decía, “en el cole soy el malo”, pero yo quiero lo normal, que me conozca primero”. Normal ahora es diferente a otras épocas seguramente. Un gesto cariñoso normal antes era una flor, ahora es también una llamada perdida ... Robar también puede ser algo normal si el adulto que tiene responsabilidad con el niño lo toma como normal, “es que esta clase de chicos se dedican a robar”. Es como si a veces fuera normal no explorar las situaciones, dejarse llevar por el escándalo como algo normal. Para un niño que ha robado un coche, quizás lo normal podría ser tener en cuenta no sólo que la ley sanciona el hecho sino también si este niño ha explorado las leyes, las normas (la primera de todas, el reconocimiento de que sus actos tienen consecuencias sobre otro ser humano, y sobre su propia familia). El niño que puede empezar a explicar el hecho a otro que lo cuida diciendo “cogí el coche” nos dice que este niño ni siquiera las ha investigado, no ha tenido compañía para hacerlo. Evidentemente esta es sólo una pincelada para iniciar un debate de lo normal.

Para hablar de lo normal hay que hablar entre otras cosas de lo formal, de dar forma a las pulsiones de los niños y niñas que es una manera de reconocerlo y hacerlo entrar en la cultura, de reconocerlo y cuidarlo, de cuidar el mal como ausencia de un bien, pero no sólo..

El anhelo de ser distinto o distinta a todos los demás

Este otro anhelo, ser distinto a todos, no sólo es insistencia por incluirse en este mundo de un modo libre y legal (que supone por parte del niño o niña haber experimentado en el cuerpo e investigado con curiosidad la necesidad de las leyes cuya función es cuidar la humanidad, la falta de instinto), sino también como potencia de cambio y de pregunta sobre lo que heredan, y ello requiere la compañía del adulto. Como inciso diré, como ya he comentado en otros escritos, que no hay que confundir entonces *una conducta prosocial* (antes de haber hecho experiencia de la norma que cuida una relación) de *una conducta antisocial* (habiendo experimentado la norma ir en contra de ella); conocer intelectualmente la norma y experimentarla, investigarla, son cosas distintas.

Diríamos que el asombro es un impacto en el cuerpo, producido en las entrañas de la potencia de convivir con otro. El asombro ilumina las excepciones a lo conocido y normado, puede impulsar a la curiosidad y la duda si hay condiciones para tenerlo en consideración; habrá que trazar pues esas condiciones. Ciertamente es que hay muchos niños y niñas donde lo asombroso es que no les asombre nada, y peor aún, tampoco al adulto: “yo paso, me da igual, no tengo ganas...¡es un idiota¡,¡es malo¡, es hiperactivo..” se hace cada vez más frecuente y llega a formar parte de lo común, como si el adulto supiera de qué va.

El escándalo, sin embargo, es un impacto en el cuerpo que intenta excluir la excepción y borrar los orígenes de lo asombroso, la construcción de las causas y la realización de un proyecto: “este niño es tonto, ¡no me hace una llamada perdida y está en la habitación¡”: efecto del escándalo. Efecto del asombro: “¡anda¡ ¡yo no sabía que cuando me hacía una

llamada perdida era como decirme que me tiene presente o que me echa de menos, o algo así... ¡ahora lo pillo!”. No se puede poner en un catálogo lo que es escándalo y lo que es asombro. Está bien tener un diccionario de las abreviaturas que usan los jóvenes en los móviles... es divertido e interesante, es un instrumento... se puede usar para el bien o para el mal. Es importante saber que con un catálogo, o con un escrito como éste un adulto no tiene suficiente para diferenciar el asombro del escándalo. Ahí es donde yo diría hace falta un psicoanalista: frente a la misma llamada perdida, hay asombro o escándalo, luego alguna función las diferencia. Cabe una pregunta que seguramente haría Freud si tuviera que lidiar con estos molinos, al menos yo la aprendí de mis maestros ¿Quién encarna al psicoanalista? En cada escena, en cada paso del acontecimiento a la explicación; de la oscura hoja del bosque a la plácida escritura.

La dirección de Una necesidad humana no requiere de catálogos, estos son instrumentos como otros muchos para el mal o el bien, si quieren otros ejemplos el móvil con localizador, el ordenador con llave, aportan seguridad a los padres, cuidan la vida ... pero es imposible que sustituyan la relación, no sólo la esencial, padres e hijos, sino relaciones familiares, de amistad o profesionales. Por eso tampoco pueden evitar la angustia de los padres y los hijos, es más, no se trata de evitar la angustia. Son instrumentos a favor o en contra de la relación padres e hijos, y añadiría otras relaciones de cuidados de los pequeños y jóvenes, incluida la del psicoanalista. Experimentar y dialogar es un acto cotidiano e íntimo, de día a día. En esencia, confundir asombro y escándalo es un mal de nuestra época que requiere reflexión entre los adultos y con el niño para no perder de vista la dimensión de lo niño, de lo inédito en nuestros jóvenes. Por ello conviene no confundir culpa con responsabilidad.

RESPONSABILIDAD Y MORAL CULTURAL- cuidar el ser

MÁS ALLA DE LA CULTURA

La pregunta ¿ de qué somos responsables los adultos? Se hace más interesante para el psicoanalista cuando, además de pensar en los problemas y nuestras responsabilidades para con los niños y niñas ya definidos por la moral cultural, aparece el compromiso con UN NIÑO o UNA NIÑA, con ÉSTE O ESTA que pone al adulto en posición de acusativo, que no de culpa. Un compromiso que no hemos decidido, sino que se nos mete en el cuerpo cuando recibimos la gracia de que, lo que hace y dice *éste o ésta* nos da qué pensar. Y nos da qué pensar *en ese momento donde ni él ni nosotros sabemos qué quiere expresar.*

Este encuentro, es ya otra manera de hacerse responsable, otra forma de responder y de responder por lo que no somos responsables ni el niño ni nosotros. Responsabilidad, antes que ninguna otra cosa es respuesta a un dolor, a una indignancia, a una falta de respuesta, a un pedido de otro ser humano.

Algo sobre el aislamiento

Y en ese encuentro es donde cabe una reflexión, una noche de insomnio... Estas manifestaciones de violencia, de drogas, de fracaso escolar, de hiper actividad, estas

perversiones del vínculo que tiene un niño o niña con otro ser humano, y con los objetos que le ofrece la existencia (perversión: lo que se desvía de una dirección, de la tendencia que nace en el cuerpo hacia la relación con otro y hacia la tenencia de objetos), este sufrimiento que padece el niño que se transforma en maldad, sobre todo maldad hacia sí mismo aunque también a veces afecta a otros... ¿no será acaso producto de un aislamiento, una manifestación de un aislamiento? ¿Acaso estas perversiones, estos desvíos de la tendencia humana hacia la relación con el otro y con los objetos, no parten de mociones primarias de oralidad, de una actividad muscular, del ejercicio auditivo...? Mociones que en el ser humano necesitan sentido, necesitan significación, y por tanto necesitan cuidados y cuidados personales, es decir de otro ser humano que se sostiene en valores auténticos.

El aislamiento es eso que su nombre indica: que falta relación, que a estos niños y niñas, uno por uno, les ha faltado alguna relación con otro ser humano. ¿Pero qué relación? Por otro lado, todas estas manifestaciones, el joven en medio de la masa pegado a la droga por ejemplo, oralmente, silenciosamente... entonces, ¿no son una insistencia de esas mociones, insistencia de algo que todavía no ha llegado a ser, que está abortado en su camino a existir, a ser algo y darle un lugar como alguien? Y ahí de nuevo, ¿de qué es responsable el adulto en este aislamiento y en esta insistencia? ¿no buscará en la droga la seguridad, la compañía, que ésta le da porque no ha encontrado apoyo para que su oralidad le sirva para vincularse con otro? Evidentemente hay más cuestiones, pero esta es primordial, originaria. La cuestión común a todas es cómo sostener que su estar pegado a la droga tiene un sentido, que toda expresión tiene sentido... AUN NO NATO.

Por otro lado también cabe pensar ¿Todos estos problemas no son de alguna manera efecto de la cultura actual, efecto del pensamiento único, del olvido de los orígenes y de las causas? Sin duda que sí, cuando nos olvidamos que hay algo más que la cultura, algo más que se llama trascendencia.

ACTUALIDAD Y TRASCENDENCIA – cuidar la existencia singular

Estas preguntas ya tienen que ver con otra manera de abordar la actualidad. Tiene que ver con una apuesta, una jugada que da su actualidad, su lugar al psicoanálisis de niños y niñas, donde la función, y la responsabilidad de un analista no es muy diferente a la de un adulto cualquiera.

El psicoanálisis apuesta siempre por aquello que nos trasciende, que tiene trascendencia, es decir, todo aquello humano que va más allá de nuestro yo mismo, de nuestro ser cultural y de la cultura ya consolidada. Se orienta por algo que nos cambia la existencia, por lo que aún no está dicho, por lo que aún no tiene historia, por lo que comienza. Ahí tenemos otra definición de lo actual. Hay cosas que acontecen pero no por ello hacen historia, hay dichos que nos orientan pero no por ello se convierten en actos, sobre todo los actos que tienen que ver con aquello que no decidimos, con aquella parte de nuestras decisiones que no decidimos. Antes he comentado acerca de la diferencia entre conducta prosocial y antisocial, pero hay más.

Una cosa es que la cultura plante la droga o la violencia o la hiperactividad o la anorexia como un mal para un niño o una niña, y que por ello lo defina y lo ordene de acuerdo a una moral cultural, esto tiene que estar, y otra muy distinta es que un adulto o adulta, en el acto de estar con un niño sea indiferente a lo que trasciende a esa cultura: que el ser humano es un ser creador por naturaleza, que olvide que cada ser humano es, como dice Marta Nussbaum, no un individuo, sino un ser único diferente a todos los demás. Un ser que tiene rostro, como dice Lèvinas, infinitamente lejano, un rostro que “se hace presente en su negación a ser contenido”. Si algo tiene de violenta la familia es en ese punto donde las cosas que no son familiares se familiarizan. Es muy violento cuando alguien, sobre todo un ser querido, nos fotografía: “fulano, ya se sabe, es muy listo”, o, “qué vago es”, o, “¡es tan gracioso siempre!”.

Un niño hiperactivo, uno concreto no en general, no nos ahorra la relación de trascendencia que tiene con nosotros, no nos ahorra las preguntas y las dudas ¿qué quiere expresar, por qué no puede detenerse, qué insiste ahí que no llega a cobrar forma, existencia?. Este primer movimiento, de reconocer que se expresa tampoco es suficiente, hay que sostenerlo, y ello debería enriquecer nuestra cultura, pero aún no lo hace, sólo se escucha el escándalo y sus respuestas inadecuadas pues no son efectivas, aún no ha sido escuchado el asombro. No es lo mismo decir: es hiper – activo, ergo hay que hacer que deje de ser activo, que plantearse preguntas, dudas, y acciones acordes con esas dudas: ¿no será que no puede detenerse en nada, que pasa de un objeto a una velocidad de vértigo? ¿por qué no se queda un ratito investigando lo que tiene delante? ¿por qué no lo puede disfrutar? ¿y cómo ha llegado hasta ahí? ¿qué se me ha pasado por alto? La hiperactividad, en su lado de expresividad, de expresividad singular, nos plantea muchas preguntas, nos obliga a hacer historia, historia de lagunas, de cosas que se han pasado por alto, nos abre los ojos a nuestra propia angustia, a la dificultad de quedarnos ahí, sosteniendo algo que está por parirse, por expresarse y nos da esperanza, nos anima: algo me quiere decir, algo que todavía no ha dicho, que no se sabe qué es; y así podríamos hacer con cada uno de los problemas de la cultura actual que no se enriquecen con la experiencia de la relación uno por uno. Quizás se deba a la indiferencia del adulto, que además de ser sumamente violenta para el niño, es nefasta para el adulto: le arranca toda posibilidad de ternura, toda capacidad sentir algo por el

otro: dolor, pena, alegría... y entonces hacemos esas cosas de meterlo en una asociación de hiperkinéticos y colgarle la foto del cuello, denunciarlo, salvarlo como inocente... pero no cura, no cuida.

Los problemas humanos, y por tanto también los problemas de los niños, son una cuestión de grado: todos tenemos los mismos problemas, unos más extremos, más excesivos, otros menos. Por ejemplo, La fotografía familiar es un pequeño grado de violencia, que llevado a su extremo provoca esas graves manifestaciones de violencia que conducen incluso a la muerte. Todo el mundo sabe que la violencia doméstica tiene que ver con esta fotografía familiar, o cultural llevada a su extremo: la maté porque era mía, es decir, porque yo sé quién es esta mujer, y ahí desaparece su subjetividad y con ella todo sentimiento humano, toda trascendencia. Insisto, no hay trascendencia sin cultura, pero tampoco cultura sin trascendencia. En el niño o niña ni siquiera hay pregunta de porqué llega a matar de forma seria, es decir, tomando en cuenta lo trascendente y la cultura.

Al niño hay que sentirlo como tal, como un ser que comienza, para sentir esperanza. La esperanza de un no sé de qué se trata todavía (una esperanza espera, o sea, que no tiene contenido concreto), pero algún sentido tendrá, y sostener entonces esa posibilidad de creación, no sin olvidar la existencia de valores que no cambian a pesar de las épocas. Cultura y singularidad no son excluyentes: cuidar la vida o el ser, que son cuestiones para todos, y cuidar la existencia que es una cuestión singular, es todo ello cuestión humana que tiene responsables concretos, leyes concretas y singularidades concretas. Está mal robar un coche, insultar a tu madre, pegar a tu madre, jamás estuvo reñido con la pregunta por qué sentido singular tiene. Ni siquiera está reñido con la justicia que busca castigos ejemplares... y sentidos singulares en toda su complejidad.

Merecería la pena hablar de los casos que atienden los servicios sociales de la Mancomunidad las Vegas donde trabajamos en Cepyp Uno como Servicio de Apoyo al Servicio de Atención Familiar de los Servicios Sociales para entender que quiere decir que todos los dispositivos deben actuar en interés del menor el instituto, el colegio, el juez, el equipo de familia de los servicios sociales, la madre o el padre... todos deben interpretar ese "interés" según las leyes y según su disciplina, pero no se puede actuar en beneficio del niño o la niña sin el debido respeto, sin contar con el interés de este niño o esa niña.

Decía entonces que la trascendencia es ese punto de intervalo en la cultura donde hay lugar para el sujeto único, para el rostro infinitamente lejano del otro, que se niega a ser contenido. Porque lo propio de lo humano es que haya cosas que acontecen pero no por ello hacen historia, que haya dichos que nos orientan pero no por ello se conviertan en actos, sobre todo los actos que tienen que ver con aquello que no decidimos, con aquella parte de nuestras decisiones que no decidimos. Para que esto ocurra es necesario un acto trascendente. Y por poner un ejemplo más cotidiano, ya que, insisto, los problemas de los niños son una cuestión de grado:

Una mujer puede decidir tener un hijo, pero no puede decidir ser madre. Sólo es madre ante la presencia del niño, por la presencia de su niño, y no sin una cierta cota (medida) de angustia, el sentimiento humano que es antesala de todos los otros sentimientos, no sin esa sensación de que está ante algo que no puede dominar,

manipular, usar y que sin embargo le exige arriesgar una acción personal e intransferible.

El niño es esa presencia viva que tiene estructura de milagro, salido de las entrañas de un otro y sin embargo activo por sí mismo. El infans nace sin haberlo decidido, nace sin ninguna intención, solo con tendencias sexuales y agresivas, tendencia a ser y a existir, tendencia a depender de otro.

Recuerdo la inquietud de una niña cuando descubre que ella “nace, crece, se reproduce y muere... ¡y si me muero ahora, yo todavía no he hecho nada! ... comienza algo que le exige ser y tener lo quiera o no, hasta ahora ha usado lo que le han dado, no recuerda su expresividad.

Pero no sólo el niño nace, comienza a ser, podemos decir que la madre también nace en este mismo sentido de algo no decidido, con la presencia del recién nacido, pues ni bien sale de la tripa la criatura (ser, hombre, niño) grita, ya se expresa, y todo un aparato de significados lo espera en el paritorio. El milagro de que está vivo, no son sólo sus constantes vitales, sino el hecho de que dice algo, pide algo, y ahí solo la madre o el padre pueden arriesgar una acción, un sentido a su grito día tras día.

El pediatra, la abuela, las amigas, los servicios sociales... son un apoyo importante y necesario, representan la cultura, la seguridad, pero no puede provenir de ellos el significado que sólo los padres arriesgan, ni sus dudas. Es más, sin esa duda y sin ese riesgo, no hay posibilidad de sentir al niño, no hay posibilidad de que la angustia frente al presente, a la presencia inédita del milagro de la vida, se transforme en ternura y amor, en crear un vínculo que da comienzo a la relación madre-hijo, padre-hijo. Es decir, que ese niño sea reconocido como único, como distinto a todos los demás, como alguien que se expresa, y cuya expresividad singular hay que poderla reconocer y sostener.

Más que depresión post-parto, podríamos decir que lo que la madre tiene después de parir es un pasmo, **todo lo contrario a la indiferencia**, tiene una maravilla, otro tipo de embarazo. Ahí tenemos en acción la debilidad humana, lo que tiene sentido aunque todavía no es un significado, lo que es un acontecimiento, aunque todavía no un hecho histórico. Lo será cuando la madre pueda contárselo a otro, como algo muy singular y a sabiendas de que su experiencia difícilmente pueda ser comprendida, aunque sí compartida.

RESUMEN DE LO DICHO HASTA AHORA

Entonces tenemos que: la realidad queda definida por la cultura actual y que ahí cobran realidad los problemas actuales de los niños, que pueden y deben ser definidos. Que de esos problemas que nos preocupan somos responsables los adultos y por tanto que la moral cultural nos obliga a responder por ellos con justicia e instrumentos sociales: informar, educar... que ahí el niño es un sujeto de derechos y deberes.

Pero la actualidad de la cultura, no nos ahorra la otra actualidad que es la trascendencia, lo que está más allá de mi yo mismo, o del tu, y de la cultura, lo que comienza, la presencia que exige vínculo, historia, creación, otra responsabilidad. Otra

responsabilidad que exige cuidar reconociendo y sosteniendo lo que quiere expresar este ser único y que no ha cobrado forma todavía... aún.

EL PROBLEMA DEL/LA ADULTO/A CON LA RESPONSABILIDAD Y EL CUIDADO DEL NIÑO/A

El problema del adulto para hacerse responsable cultural y trascendentemente, para cuidar al niño, es que a veces entra en una especie de confusión de lenguas. Sería fácil decir que cuando hay que responder con los cuidados que nos exige la responsabilidad moral cultural, pues se responde con eso, y cuando hay que responder cuidando lo que nos trasciende, reconocerlo y sostenerlo.

Lo curioso es que la extranjería, el ser diferente, la debilidad o expresividad, lo vivo se repite a lo largo de todas las épocas. Y sin embargo, en todas las épocas, hemos visto a un adulto azorado frente a la extrañeza y expresividad de un niño decir “yo a tu edad...” o “en mi época estas cosas no pasaban...”, para poder salir del paso, de la diferencia, de lo que no tiene ni idea. Hubo una época en que se decía que todos los problemas de los niños venían de una represión excesiva, y no hace mucho tiempo se viene diciendo todo lo contrario, “falta disciplina”, lo cual fue y es algo que tiene su razón de estar, en la generalidad de los niños y niñas. La confusión de lenguas se produce cuando se usa para todo y para todos los momentos ¿porqué hacemos eso?.

Jamás una responsabilidad cultural está reñida con una responsabilidad trascendente: una niña de 4 años insulta a la madre cuando se va: le larga, le suelta, la atraviesa con “palabrotas”. No se deben decir palabrotas, eso es evidente, hay que procurar que no diga palabrotas, sobre todo en público, pero no le ahorra a la madre, ni a la niña, reconocer que ahí hay algo que quiere expresar, y esto no se construye de la noche a la mañana. Si la madre sólo la educa (o sea, no la educa) cosa que debe hacer moralmente, y se engaña creyendo que eso es todo, “es que es una descarada” o peor “lo hace para herirme”, seguramente se producirá una perversión del vínculo. Pero en esas palabrotas, ¿no hay en juego la potencia de una gran imaginación que sólo hay que encauzar: quiere matar a la madre, le causa un pequeño dolor su separación, no sabe dónde va su mamá, y ella, la niña, no sabe dónde se va a meter en ese mundo que deja la ausencia de la madre... Hay todo un despliegue de cómo, cuándo y dónde. Si uno cuida esta extrañeza, entonces prohibir que diga palabrotas, no es arrancarla de su espíritu libre, , su tendencia hacia el otro aún sin sentido, *sino prohibir la inmediatez con la madre, para facilitar la entrada en un mundo nuevo.*

Si todos sabemos que los niños son distintos porque los tiempos cambian, la sociedad, los valores, los ideales cambian. Cuando decimos “yo a tu edad...” o en “en mis tiempos...” ante el asombro, el aguijón de algo que el niño hace o dice, ¿No será porque, generalmente hablamos y actuamos desde nuestro espíritu amarrado a saberes que circulan? saberes útiles, pero también, a veces, saberes con los que nos engañamos creyéndonos que la situación está explicada, o con los que nos escandalizamos. “Este niño es un vago porque no estudia” y una y otra vez le repetimos que estudie, que no se distraiga... “esta niña esta ñoña porque tiene celos del hermanito” ¿pero qué hacer frente a los celos?. O ya mentiras flagrantes “yo también me hice pis hasta los siete años, yo también era muy tímido”, o algo más moderno, “este niño es hiperactivo”, y como es hiper activo hay que hacer que no sea tan activo.

En el fondo de nuestro corazón, cuando decimos estas tonterías, sabemos que estamos poniendo una cortina de humo frente a lo trascendente, a la vivacidad de eso otro que no soy yo, y que en cierto modo me exige un cambio, que no queremos saber nada de que no sabemos qué relación se va a producir, singularmente, ante esta presencia que me da un lugar.

Los niños no son sólo diferentes porque son más pequeños, y extraños porque los tiempos cambian. Son diferentes y extraños porque nos recuerdan algo que hemos olvidado: que se expresan más humanamente que un adulto. *“Olvidamos la mayor parte de nuestra niñez, olvidamos que reaccionábamos con vivacidad frente a las impresiones, que sabíamos exteriorizar dolor y alegría, que mostrábamos amor, celos y otras pasiones que nos agitaban entonces con violencia, y aún pronunciábamos frases que los adultos registraban como buenas pruebas de penetración y de una incipiente capacidad de juicio”*, en definitiva, olvidamos que nos expresábamos de una manera muy diferente a la de un adulto, más humana, como dice Freud. El niño nos hace presente nuestra propia niñez, nuestro nacer a la vida, y más aún, nuestra condición de humanidad, nuestra condición de niño, nuestro espíritu no amarrado a un saber, sino libre, un espíritu libre, es decir, librado a la condición creativa de la expresión, del sentido, de lo auténtico, de que todo en esta vida tiene un sentido libre, no sin ley; por eso los tiempos cambian.

Porque los cambios están hechos de la suma de los actos arriesgados de sujetos concretos. ¿y por qué olvidamos que también nosotros nos expresamos? ¿no será por el olvido de nuestros propios padres, porque nos hemos dejado llevar por la moda, por algo de nuestra expresividad que no entró en la historia?

Olvidamos que el niño sobre todo juega, por encima de todo juega. El juego nada se parece a la actualidad erigida tras la destrucción de lo antiguo y de las tradiciones que se lleva consigo los orígenes y las causas. El juego: esa capacidad de imaginar, de tomar las cosas por lo que no son, de inventar lo que son, sobre todo de sostenerlas en su nidad, en su ¿qué haces? Respuesta “algo”, en su trabajo de transformarlas en nada... aún, es pura esperanza que abre a lo vivo del otro. Ese demoledor juego de todo lo que está ya realizado, cultural izado, es una deconstrucción, no una destrucción. Un terreno abonado para construir relaciones diversas y respetuosas... si hay un adulto que lo sostenga.

Firmado. Mary Cruz Mijares.